OBRAS BREVES DE
JACQUES
MARITAIN

003-02

¿QUÉ ES LA FILOSOFÍA?

Jacques Maritain

Transcripción de la sección II Conclusiones del capítulo I del libro 'Introducción a la Filosofía', de 1920

[Para contestar esta pregunta]… fijémonos en la filosofía por excelencia – filosofía primera o metafísica –. Lo que se diga de ella en un sentido absoluto – *simpliciter* –, podrá aplicarse bajo ciertos aspectos – *secundum quid* – a otras partes de la filosofía.

1. ¿Es la filosofía una sabiduría o ciencia de conducta o de vida, una ciencia del bien obrar, ciencia de virtud?

No; la filosofía es una ciencia que nos enseña a CONOCER.

2) Conocer ¿*cómo*? Conocer en el sentido total y completo de la palabra, es decir con *certeza*, de modo que se pueda decir por qué la cosa es lo que decimos que es, y no puede ser de otra manera, o sea, CONOCER POR LAS CAUSAS.

Hallar las causas es, en realidad, la gran tarea de los filósofos, y el conocimiento de que se preocupan no es un conocimiento simplemente probable, como el que proporcionan los oradores en sus discursos; es un conocimiento capaz de obligar a la inteligencia, como el que los geómetras nos proporcionan con sus demostraciones.

Pero ¿qué es un conocimiento cierto por las causas? Es lo que se llama una ciencia. La filosofía es una ciencia.

3) Conocer ¿por qué medios, por qué *facultad*? Conocer por la razón, mediante lo que se llama LA LUZ NATURAL de la inteligencia humana.

Éste es el carácter común a todas las ciencias puramente humanas, por oposición a la teología.

Lo que regula la filosofía, el criterio de verdad que emplea, es pues la *evidencia* del objeto.

El medio o la luz por la cual una ciencia llega a las cosas, es lo que se llama en lenguaje técnico el *lumen sub quo* de esta ciencia, la *luz bajo la cual* alcanza el objeto que conoce. Las distintas ciencias poseen cada una su luz o medio peculiar que responde a los principios formales mediante los cuales alcanzan su objeto. Pero estos diversos principios tienen de común el que nos son todos conocidos mediante el ejercicio espontáneo de nuestra inteligencia, tomada como el medio natural de conocer; es decir, que los comprendemos por *la luz natural de la razón* y no, como los principios de la Teología, mediante una comunicación sobrenatural hecha a los hombres – la Revelación –, y por la luz de la Fe.

4) Conocer ¿*qué*? Para responder a esta cuestión, recordemos los objetos de que tratan los filósofos. Tratan de todas las cosas: del conocimiento y de sus procedimientos, del ser y del no ser, del bien y del mal, del movimiento, del mundo, de los seres vivientes y de los no vivientes, del hombre, de Dios… La filosofía trata pues de todas las cosas, es una *ciencia universal*.

¿Quiere esto decir que absorbe en sí a todas las ciencias, y que ella es la ciencia única, de la que las demás no serían sino partes; o al contrario, que ella

queda absorbida en las demás ciencias, de las cuales no sería la filosofía sino una sistematización o colección ordenada?

Nada de eso. La filosofía tiene su naturaleza y su objeto propio, y es distinta de las otras ciencias; de otra suerte, no sería nada, y los filósofos hubieran tratado problemas inexistentes.

Ahora bien, que la filosofía sea una ciencia real y que los problemas de que trata sean los más necesarios al hombre, se echa de ver con toda evidencia en la imposibilidad natural en que se encuentra el espíritu humano de prescindir de los problemas tratados por los filósofos, problemas que resuelven los principios a los que está unida la certeza y la objetividad de todas las ciencias.

> "*¿Decís que hay que filosofar?*", preguntaba Aristóteles en un célebre dilema. "*Entonces, es cierto, hay que filosofar. ¿Decís que no hay que filosofar? En ese caso también hay que filosofar (para demostrar que no hay que hacerlo). En ambos casos, pues, hay que filosofar.*"

Pero ¿cómo se explica que la filosofía sea una ciencia *aparte*, si trata de todas las cosas? Fijémonos desde qué punto de vista, bajo qué aspecto trata de todas ellas; o de otro modo, qué es lo que *directamente y por sí misma* busca en todas las cosas: si la filosofía trata del hombre, por ejemplo, ¿es para investigar el número de vértebras o las causas de una enfermedad? No, eso lo estudiará la anatomía y la medicina; la filosofía trata del hombre para saber, por ejemplo, si posee una inteligencia que lo distinga de los otros animales, si tiene un alma, si ha sido hecho para gozar de Dios o para gozar de las criaturas, etc. Investigados estos problemas, ya no es posible subir más alto ni ir más lejos. Concluyamos pues que la filosofía investiga en las cosas, no el porqué inmediato de los fenómenos que caen bajo nuestros sentidos, sino, al contrario, el porqué más remoto, aquel más allá del cual no puede remontarse la razón.

Esto se expresa en lenguaje filosófico diciendo que la filosofía no versa sobre las *causas segundas* o las *razones próximas*, sino sobre las *causas primeras* o las *razones más elevadas*.

Hemos visto además que la filosofía estudia los seres por medio de la luz

natural de la razón. Esto quiere decir que sólo se preocupa de las causas primeras o de los principios supremos que conciernen al *orden natural*.

Cuando decíamos que la filosofía trata de todos los seres, de todo lo que es, de todo lo que se puede conocer, no hablábamos de una manera bastante precisa; con esas palabras dábamos a entender la materia o los seres hacia los cuales dirige su atención: su *objeto material*. Pero no nos fijábamos desde qué punto de vista particular contemplaba a esos seres, no precisábamos su *objeto formal*, su punto de vista formal. El objeto formal de una ciencia es algo particular que ésta investiga en un ser, o de otro modo, aquello que por sí mismo y ante todo es considerado por ella, aquello en razón de lo cual considera a ese ser en general; y eso que la filosofía considera así formalmente en las cosas, y por lo que considera en ellas todo lo demás, son LAS CAUSAS PRIMERAS o los principios primeros de las cosas, en cuanto éstos se refieren al orden natural.

El objeto material de una facultad, de una ciencia, de un arte, de una virtud, es simplemente la cosa, el ser sobre el cual versa esta facultad, esta ciencia, esta virtud, este arte. Así la química tiene por *objeto material* los cuerpos no vivientes; el sentido de la vista, las cosas que están ante nuestros ojos. Pero esto no basta para distinguir la química de la física, por ejemplo, que trata igualmente de los cuerpos no vivientes; ni para distinguir la vista del tacto. Para definir exactamente la química, habrá que decir que tiene por objeto los cambios profundos (cambios sustanciales) de los cuerpos no vivientes; asimismo, será necesario decir que la vista tiene por objeto el color. Así quedará determinado su *objeto formal*, es decir aquello que por su misma naturaleza e inmediatamente, o mejor, necesariamente y ante todo (estas expresiones son equivalentes) es considerado en las cosas por esta ciencia, este arte, o esta facultad, y aquello en razón de lo cual consideran todo lo demás.

De esto se sigue que, entre todas las ciencias humanas, la filosofía es la única que tiene por objeto todo lo que existe; pero no busca en este todo sino las causas primeras. Las otras ciencias, en cambio, tienen por objeto tal o cual parte de lo que existe, tales o cuales seres, y en ellos no investigan sino las causas segundas o los principios próximos. Es decir, que la filosofía es el más excelso de los conocimientos humanos.

Es decir asimismo que la filosofía es propiamente hablando una *sabiduría*, por ser propio de la sabiduría el considerar las causas más elevadas. De modo que en unos pocos principios encierra la naturaleza entera, y enriquece la inteligencia sin abrumada.

5) Todo lo que acabamos de decir conviene pura y simplemente a la filosofía primera o metafísica, pero puede hacerse extensivo a la filosofía entera, tomada como un conjunto cuya parte capital es la metafísica. Se puede decir, pues, que la filosofía tomada en general es un conjunto de ciencias universal, que tiene como punto de vista formal las causas primeras (ya sean las causas absolutamente primeras, los principios absolutamente primeros: objeto formal de la metafísica; ya sean las causas primeras en un orden determinado, objeto formal de las otras ciencias filosóficas).

Igualmente diremos que la metafísica merece el nombre de sabiduría pura y simplemente (*simpliciter*), y que las otras partes de la filosofía lo merecen relativamente (*secundum quid*)

> CONCLUSIÓN I. - La filosofía es el conocimiento científico que mediante la luz natural de la razón considera las primeras causas o las razones más elevadas de todas las cosas; o de otro modo: el conocimiento científico de las cosas por las primeras causas, en cuanto éstas conciernen al orden natural.

a) La dificultad de tal conocimiento radica precisamente en su misma grandeza. Por eso el filósofo, que se entrega a la ciencia más elevada, debe ser personalmente el más humilde entre los hombres de estudio; lo cual no le ha de impedir defender, como es su deber, la dignidad de la sabiduría y su primacía sobre las demás ciencias.

b) Considerando que la filosofía se extiende a todas las cosas, Descartes (siglo XVII) la consideraba como la única ciencia; las otras no serían sino partes de ella. Augusto Comte, por el contrario, y con él los positivistas (siglo XIX) querían absorberla en las otras ciencias, de las que la filosofía no sería sino la "sistematización". Unos y otros se han engañado por no haber distinguido el objeto material y el objeto formal de la filosofía.

Filosofía de Aristóteles y de Santo Tomás

La filosofía y el conjunto de las otras ciencias tienen el mismo objeto material (todos los seres cognoscibles).

Pero la filosofía considera formalmente las causas primeras, mientras que las otras consideran formalmente las causas segundas.

Descartes.	**Augusto Comte.**
La filosofía absorbe a las otras ciencias; la filosofía es toda la ciencia.	*Las ciencias absorben a la filosofía; no hay filosofía.*

c) Hemos dicho más arriba que la filosofía es una ciencia, y que conoce con certeza. No pretendemos con eso que la filosofía resuelva con certeza todas las cuestiones que dentro de sus dominios puedan plantearse. Sobre muchos puntos particulares la filosofía debe contentarse con soluciones probables, bien porque la cuestión sobrepasa el actual alcance de sus conocimientos, como en muchas cuestiones de la filosofía natural y de la psicología, bien por no poseer ella misma una solución ulterior (por ejemplo en la aplicación de las reglas morales a ciertos casos particulares). Pero este elemento simplemente probable es accidental a la ciencia como tal. Y la filosofía alcanza a mayor número de certezas, y a certezas (las metafísicas) más perfectas que cualquiera de las ciencias puramente humanas.

La Filosofía y las Ciencias particulares

¿Cómo precisar la relación de la filosofía (sobre todo de la metafísica) con las otras ciencias?

1) Toda ciencia es de por sí autónoma, en el sentido de que posee los medios necesarios y suficientes para asegurar la verdad en su terreno, sin que nadie pueda negarle las verdades así establecidas.

Pero puede suceder que una ciencia, o mejor un sabio, se engañe accidentalmente en su propio campo. En este caso la ciencia en cuestión puede sin duda juzgarse y rectificarse a sí misma; pero es claro que una ciencia más elevada podrá juzgarla y rectificarla, en el caso en que el error cometido atente contra su propia verdad y entre, por consiguiente, en su terreno.

Ahora bien, la filosofía, y especialmente la filosofía primera o metafísica es la ciencia más elevada. Por consiguiente, a ella corresponde JUZGAR a todas las demás ciencias humanas, en el sentido de condenar como falsa toda proposición científica incompatible con sus propias verdades.

Sea, por ejemplo, una proposición de física que parezca incompatible con una verdad de filosofía. No sólo pertenece a la física juzgar esta proposición a la luz de la misma física; también pertenece a la filosofía juzgarla a la luz de la filosofía, precisando si es cierto y en qué medida es verdaderamente incompatible con la verdad filosófica en cuestión. (Si esta incompatibilidad es real, evidentemente la proposición física de que se trata, no es verdadera, ya que una verdad no puede ser contraria a otra verdad. El físico deberá pues, en semejante caso, inclinarse delante de la filosofía, y comenzar de nuevo su razonamiento y sus experiencias).

Sea, por el contrario, una proposición de filosofía que parezca incompatible con una verdad de la física. Entonces pertenece a la filosofía juzgar esta proposición a la luz de sus propios principios, y no a la física a la luz de los suyos, resolver si verdaderamente, y en qué medida, es incompatible con la verdad de física en cuestión. Si la incompatibilidad es real, entonces esa proposición de filosofía será falsa, ya que una verdad no puede ser contraria a otra verdad. El filósofo se inclinará cediendo en semejante caso, no precisamente ante la física, sino ante la misma filosofía que, a través de la física, comprenderá su error, y deberá rehacer su razonamiento.

2) Además, si los principios de una ciencia están subordinados a los de otra más elevada, es claro que a ésta corresponde el papel de directora de la ciencia inferior. Ahora bien, siendo los principios de la filosofía primera o metafísica absolutamente los primeros de todo humano conocimiento, tiene bajo su dependencia de un cierto modo a todas las otras ciencias humanas. Por consiguiente, la filosofía primera o metafísica DIRIGE a las demás ciencias.

a) Siendo los principios de la filosofía – filosofía primera o metafísica – los primeros absolutamente en todo conocimiento humano, en cierto modo tienen bajo su dependencia a todos los principios de las demás ciencias. Sin duda que estas últimas no dependen directamente de los principios de la metafísica, al modo que una conclusión depende de las premisas que la hacen verdadera. Estos principios que rigen las ciencias son directamente conocidos por la razón. Pero no son, hablando con propiedad, de la categoría de los primeros principios; por consiguiente, aunque la mente los comprenda independientemente de la metafísica, suponen en realidad los principios de la metafísica y en ellos se resuelven; pueden ser conocidos sin que sean explícitamente conocidos los principios de la metafísica, pero no serían verdaderos si a la vez no son verdaderos los de la metafísica. En este sentido les están indirectamente subordinados.

Así el principio matemático: "dos cantidades iguales a una tercera son iguales entre sí" se resuelve en este principio metafísico: "dos seres idénticos a un tercero son idénticos entre sí".

Por esta razón se dice que las ciencias están impropiamente subordinadas a la metafísica. Además, muchas veces emplean principios comunes y universales de la metafísica. Y en este sentido se dice que están "subalternadas" a la metafísica relativamente.

b) Dirigir a un ser equivale a asignarle su fin propio. Las ciencias no son dirigidas por la filosofía hacia su fin peculiar en el sentido de que tengan necesidad de ella para tender a su propio objeto; la aritmética no tiene necesidad de la metafísica para llegar a las verdades relativas a los números; ese camino lo recorre por sí misma. Pero la filosofía señala sus fines propios a las diversas ciencias, en el sentido de que determina especulativamente aquello que constituye el objeto propio de cada una, y aquello que hace su unidad y su distinción – clasificación de las ciencias –. Y por lo mismo determina el orden de las ciencias entre sí. Y así todas son ordenadas por la sabiduría.

Consecuencia: si una ciencia, o mejor dicho, un sabio se desvía accidentalmente de su fin propio, invadiendo los dominios y los derechos de otra ciencia, a la filosofía corresponde evitar este desorden. Por esta razón, la filosofía dirige a las ciencias (hacia sus fines propios) no en el sentido de señalárselos, sino evitando que se extravíen.

Por otra parte, el conocimiento en el que el espíritu encuentra su bien definitivo, puede ser considerado como el fin común y trascendente hacia el cual convergen todas las ciencias particulares. Ahora bien, la filosofía, ciencia de las causas primeras, es la que nos proporciona este conocimiento; un título más para que afirmemos que dirige a las ciencias (hacia el fin común al cual está subordinado el fin peculiar de cada una). Todas las ciencias están, pues, ordenadas a la sabiduría.

Por todo lo que acabamos de decir se comprende que para avanzar en las ciencias no hay necesidad de ser filósofo ni de fundarse en la filosofía; y que los sabios, al cultivar sus ciencias, no tienen por que pedir consejos a la filosofía ni aspirar a ser filósofos; pero se deduce también que sin ella no podrán en modo alguno darse cuenta del lugar ni del alcance de su especialidad en el conjunto de los conocimientos humanos, ni tener idea alguna de los principios de la experiencia ni de los fundamentos reales de las ciencias particulares; y que, en la historia de la humanidad, un período de su cultura intelectual en que la filosofía no haya ejercido sobre las ciencias su primacía de *scientia rectrix*, lleva fatalmente consigo un gran desbarajuste y un descenso general de la inteligencia.

c) Descartes, por el hecho de absorber todas las ciencias en la filosofía y de considerar la ciencia como pura y simplemente una, creía que los principios de todas las ciencias dependen directamente de los de la filosofía primera o metafísica. Por consiguiente, con la metafísica es necesario comenzar el estudio de las ciencias y de la misma filosofía.

El error opuesto está en creer que los principios de las ciencias son absolutamente independientes de los principios de la filosofía. Según esta teoría no tiene razón de ser la *scientia rectrix*, y las ciencias no forman un edificio armónico, sino un caos. Es extraño que Augusto Comte, que quería reducir la filosofía a la simple sistematización de las ciencias particulares, no haya comprendido que esta tarea de clasificar y sistematizar las ciencias (en lo que él llama la síntesis objetiva) no es posible sino en el caso de que la filosofía sea una ciencia aparte, superior, y de la que las otras ciencias dependan en cierto modo.

Filosofía de Aristóteles y de Santo Tomás

Los principios en que se basan las ciencias particulares están subordinados a los de la filosofía, pero sólo de una manera indirecta.

Por consiguiente, la filosofía dirige a las otras ciencias, pero con una dirección que podríamos llamar política, ya que las ciencias particulares son autónomas.

El estudio de la filosofía primera o metafísica no se ha de colocar al principio sino al fin de la investigación intelectual.

Filosofía de Descartes

Los principios de las ciencias particulares están directamente subordinados a los de la filosofía. Por consiguiente ésta dirige a las otras ciencias, con una dirección que podríamos llamar despótica.

El estudio de la filosofía primera (metafísica) debe colocarse al principio de la labor intelectual.

Filosofía de los que niegan la filosofía

Los principios de las ciencias particulares no están subordinados a los de ninguna ciencia superior. Por consiguiente, estas ciencias no están dirigidas por nadie, y se encuentran en un estado que podríamos llamar anárquico.

No existe ciencia suprema o filosofía primera (metafísica)

3) En fin, si una ciencia desarrolla sus demostraciones a partir de ciertos principios o de ciertos datos que no puede aclarar ni defender, será necesario que el oficio de defender esos principios y esos datos correspondan a una ciencia superior; así como la ciencia del arquitecto protege la del maestro de obras.

Ahora bien, es claro que todas las ciencias, excepto las más altas entre ellas, desarrollan sus demostraciones en base a ciertos principios o a ciertos datos que ellas no pueden demostrar ni defender. Las matemáticas, por ejemplo, no se preguntan qué es la cantidad o el número o la extensión; ni la física pregunta qué es la materia. Y si alguien se presenta negando que el mundo sensible exista o que dos cantidades iguales a una tercera son iguales entre sí, o que el espacio no tiene tres dimensiones, no es la física o las matemáticas las que podrán responderle, ya que, al contrario, ellas mismas suponen estos principios o datos.

A la filosofía pertenece pues, DEFENDER contra todos los adversarios, los principios de las ciencias humanas.

El sentido común, junto con las demostraciones de la inteligencia y de la experimentación, proporcionan sus principios a las ciencias. Éstas van construyéndose sobre esos principios, y eso les basta; pero pueden un día ser atacados esos mismos principios. Y la perfección, la estabilidad y las exigencias primordiales de los conocimientos humanos exigen una ciencia que los dilucide, los discuta y los defienda científicamente, pues de otro modo, el conocimiento en general quedaría excesivamente imperfecto y debilitado y faltaría a su fin primordial.

4) De este modo la filosofía (y sobre todo la filosofía primera o metafísica) a título de sabiduría y de ciencia suprema, juzga, dirige y defiende a las otras ciencias. Y como es un contrasentido que el jefe dependa de sus subordinados, la filosofía es independiente de las ciencias inferiores o en todo caso dependerá de ellas como el jefe, que, cuando no es lo bastante fuerte para bastarse a sí mismo, tiene cierta dependencia respecto a sus ministros o a los instrumentos que emplea.

Por eso Aristóteles la consideraba como la ciencia LIBRE por excelencia.

a) La filosofía se apoya en los hechos, en los datos de la experiencia. Para procurarse los materiales de que se ha de servir, echa mano, como de instrumentos, de las verdades que le proporciona la evidencia sensible, y de las proposiciones establecidas por las ciencias. Depende de ambas, como un superior depende de los servidores que emplea.

Tal dependencia es una dependencia puramente material, en el sentido de que el superior no depende del inferior sino para servirse de él, y no para servirle. Juzga igualmente a la luz de sus propios principios los datos que proporciona el servidor que está a sus órdenes. De la manera como uno de los más sagaces observadores de las abejas, Francisco Huber, que era ciego, juzgaba a la luz de su inteligencia lo que veían los ojos de su criado.

Pero esta dependencia puramente material de la filosofía, si es absolutamente necesaria respecto a la evidencia sensible, no es sino relativa y contingente respecto a las ciencias. En efecto, de la experiencia sensible saca la filosofía proposiciones fundamentales que emplea como premisas en sus demostraciones, y para establecer sus propias verdades. Así esta verdad, observada por los sentidos y juzgada por la luz de la filosofía – "*existe el movimiento en el mundo*" –, sirve de premisa a Aristóteles para establecer que el ser se divide en acto y potencia, y que hay un primer motor, acto puro, Dios. Así, está claro que la filosofía no puede prescindir de estas proposiciones y que las proposiciones así escogidas como premisas deben ser absolutamente verdaderas; de lo contrario, las conclusiones que dedujera de ellas serían falsas.

Si se trata, en cambio, de proposiciones o premisas proporcionadas por las ciencias, estas proposiciones, si son verdaderas, entran a enriquecer el tesoro de materiales que la filosofía emplea; pero la filosofía (especialmente la filosofía primera o metafísica) no tiene por qué echar mano de ellas, y aun debe positivamente prescindir de ellas para sentar sus propias conclusiones, al menos cuando se trata de sus conclusiones ciertas (aunque puede hacer uso de ellas para confirmar esas conclusiones).

La filosofía tiene necesidad de tener a su disposición proposiciones de esta naturaleza, y cuanto más numerosas, mejor, porque, no le es posible desenvolver bien sus principios sin verlos encarnados, por decirlo así, en ejemplos sensibles. Pero no tiene necesidad de tal proposición con preferencia a tal otra, desde el momento que, a menos de decaer de su naturaleza o renunciar a su libertad de ciencia superior, ella deduce sus conclusiones de sus propios principios y de las proposiciones que le procura la evidencia sensible, y no de las proposiciones que le ofrecen las ciencias. Estas últimas proposiciones no deben servirle en efecto de premisas, sino de ilustraciones de las que la filosofía hace uso para llegar a sus propias tesis.

Una filosofía sanamente construida debe, pues, poder prescindir de tal sistema de proposiciones científicas, de las cuales usa sin embargo, de hecho, según el estado de la ciencia en un momento dado; y si este sistema científico resulta un día que es falso, la certeza de esa filosofía no sufrirá por ello, y únicamente su lenguaje y las ilustraciones sensibles con las que presentaba sus verdades deberán ser modificados.

Estas observaciones son importantes. Nos demuestran que los datos experimentales en los que ante todo se funda la filosofía, responden perfectamente a su carácter de ciencia suprema y universal; estos datos se los proporciona un instrumento – la evidencia sensible – anterior a la observación científica, infinitamente más seguro que las inducciones de las ciencias, y que está al alcance de todos los hombres; y consiste en verdades de hecho tan sencillas que tienen un valor universal, tan inmediatas y tan evidentes que su certeza es superior a la de las verdades científicas mejor establecidas.

Estas observaciones ayudan también a comprender por qué los errores de orden puramente científico que se pueden encontrar en los comentarios antiguos de la filosofía de Aristóteles y de Santo Tomás, comentarios o exposiciones necesariamente concebidos en función del estado de las ciencias en ese tiempo, en nada afectan a la verdad de esta filosofía. Es que ninguna filosofía es más fiel que la de Aristóteles y la de Santo Tomás a las leyes del pensamiento que garantizan la pureza y la libertad de la filosofía.

Es verdad que la filosofía, si bien es distinta de las ciencias particulares, no está separada ni aislada de ellas. Tiene, por el contrario, el deber de ejercer su oficio de *scientia rectrix*, proyectando constantemente su luz sobre los descubrimientos, las teorías, la actividad incesante y el movimiento de las ciencias; y una de las primeras condiciones de su vida y de su progreso en el mundo, es su contacto íntimo con las disciplinas inferiores interpretando y fecundando sus datos.

En la medida en que se ocupa así en interpretar, con la ayuda de sus propias verdades, los hechos o las teorías, que la ciencia positiva tiene por demostrados, los errores o las insuficiencias de la ciencia positiva pueden introducir incidentalmente en una corriente filosófica verdadera, detalles caducos, cosa que puede suceder a lo largo del desarrollo humano de la filosofía; esas disciplinas inferiores no pueden falsear una filosofía sino en la medida en que ésta se aleje de su propia naturaleza o se encadene a esas ciencias inferiores.

b) Se echa de ver por todo lo dicho que por razón de la naturaleza y de las exigencias de la filosofía, es necesario que ésta esté informada, hasta donde le sea posible, del estado de las ciencias en cada época, a condición, se entiende, de que la verdad filosófica permanezca con libertad de acción a su respecto. Seguramente, aunque el filósofo, como tal, no tiene por qué echar mano de las proposiciones de las ciencias particulares para establecer sus propias tesis, debe, sin embargo, emplearlas:

1°, para *ilustrar* convenientemente sus principios;
2°, para *confirmar* sus conclusiones;
3°, para *interpretar*, aclarar y asimilar los resultados adquiridos por las ciencias, en la medida que interese a los problemas filosóficos;
4°, para *refutar* las objeciones y los errores que pretendieran apoyarse en los resultados de la ciencia.

Por otra razón es también necesario al filósofo el estudio de las ciencias, porque su propia formación le exige ir subiendo de lo imperfecto a lo más perfecto, y pasar por la disciplina de las ciencias antes de llegar al campo de la sabiduría.

Es una realidad que todos los grandes filósofos han conocido a fondo las ciencias de su época; algunos han sido a la vez grandes sabios (Aristóteles, Alberto Magno, Leibniz), y algunos de los principales descubrimientos científicos se deben a filósofos, por ejemplo, los descubrimientos matemáticos de Pitágoras, de Descartes o de Leibniz.

Nótese bien que es más provechoso para la formación del filósofo poseer a la perfección una sola ciencia, que conocer varias superficialmente y a través de obras de segunda mano. Sin soñar con poseerlas todas con la perfección del sabio, lo que es imposible, dada la especialización que sería necesaria, debe sin embargo el filósofo procurarse un conocimiento suficientemente profundo del conjunto de las ciencias particulares; cosa que no es imposible, como lo demuestra el ejemplo de algunos grandes talentos.

CONCLUSIÓN II. - La filosofía es la más elevada de las ciencias humanas; es verdaderamente una sabiduría. Las otras ciencias (humanas) están sometidas a ella en el sentido de que las juzga, las dirige y defiende sus principios. En cambio, ella es libre con respecto a las ciencias y no depende de ellas sino como de los INSTRUMENTOS de que echa mano.

La Filosofía y la Teología

La filosofía es la más alta de las ciencias humanas, es decir, de las ciencias que estudian los seres a la luz natural de la razón. Pero hay una ciencia superior a ella. Si en efecto existe una ciencia que sea en el hombre una participación de la ciencia propia del mismo Dios, ella será evidentemente más alta que la más elevada ciencia humana. Y ésta es la teología.

La palabra Teología significa ciencia de Dios: la ciencia o conocimiento de Dios, que nosotros podemos adquirir naturalmente por las fuerzas de la razón, y que nos hace conocer a Dios por medio de las criaturas, como autor del orden natural, es una ciencia filosófica – la parte más elevada de la Metafísica –, que se llama Teodicea o teología natural. La ciencia de Dios, que no podemos adquirir naturalmente por las solas fuerzas de la razón, sino que supone que Dios mismo se ha dado a conocer a los hombres por medio de la revelación, de modo que nuestra razón, esclarecida por la fe, deduce luego de esta misma revelación las conclusiones que ella implica, es la Teología sobrenatural o más brevemente, la Teología. De esta ciencia queremos hablar ahora.

La Teología tiene por objeto algo absolutamente inaccesible a la razón natural de las criaturas todas; a Dios conocido en sí mismo, en su propia vida divina o, como se dice, "bajo la razón de Deidad", y no a Dios como causa de la criatura y autor del orden natural; y todo lo que ella conoce, lo conoce en función de Dios así considerado, mientras que todo lo que conoce la metafísica, sin exceptuar a Dios mismo, lo conoce en función del ser en general.

Tiene por principios las verdades formalmente reveladas por Dios (dogmas o artículos de fe) y por principal criterio de verdad la autoridad de Dios que revela.

Su luz es, no la simple luz natural de la razón, sino la luz de la razón esclarecida por la fe; revelación virtual la llaman los teólogos, es decir, la revelación en cuanto contiene virtualmente las conclusiones que la razón puede deducir de ella.

Por la elevación de su objeto, como por la certeza de sus principios y por la excelencia de su luz, la teología está, pues, por encima de todas las ciencias puramente humanas. Y aunque no posee la evidencia de sus principios, que son creídos por el teólogo, mientras que los principios de la filosofía son vistos por el filósofo, es una ciencia más elevada que la filosofía: el argumento sacado o fundado en la autoridad es en efecto el más pobre de todos los argumentos, cuando se trata de la autoridad de los hombres; pero el argumento basado en la autoridad de Dios, que revela, es el más fuerte y eficaz de todos ellos. La teología, en fin, que considera al Ser que está sobre todas las causas, merece, a título mucho más elevado que la metafísica, el nombre de sabiduría. Es la sabiduría por excelencia.

¿Cuáles son las relaciones de la filosofía con la teología?

1) A título de ciencia superior, la teología JUZGA a la filosofía del mismo modo que la filosofía juzga a las ciencias. Le corresponde, pues, sobre ella el oficio de dirección, pero dirección negativa, que consiste en declarar falsa toda proposición filosófica incompatible con una verdad teológica. La teología comprueba así y tiene bajo su dependencia las conclusiones dadas por los filósofos.

2) Pero los principios de la filosofía son independientes de la teología, ya que esos principios son las verdades primeras cuya evidencia se impone por sí misma a la inteligencia, mientras que los principios de la teología son las verdades reveladas por Dios. Los principios de la filosofía se bastan a sí mismos y no se derivan de los de la teología. De igual modo, la luz por medio de la cual la filosofía conoce su objeto es independiente de la teología, por ser esta luz, la luz de la razón, autónoma en su propio terreno. Esta es la causa por la cual la filosofía no es dirigida positivamente por la teología, ni tiene necesidad de la teología para la defensa de sus principios. Y en su terreno se desenvuelve de una manera autónoma, aunque esté sometida al control externo y a la regulación negativa de la teología.

Se comprende por lo expuesto que la filosofía y la teología son perfectamente distintas, y que sería ridículo en un filosofo invocar, para probar una tesis de filosofía, la autoridad de la revelación, como sería ridículo que un geómetra quisiera demostrar un teorema con la ayuda de un medio físico, pesando, por ejemplo, las figuras que compara. Pero si son perfectamente distintas, la filosofía y la teología, no están separadas; y la filosofía, siendo como es entre todas las ciencias humanas, la ciencia libre por excelencia, en el sentido de que se desenvuelve según principios y leyes que no dependen de ninguna ciencia superior a ella, está sin embargo limitada en su libertad – *en la libertad de engañarse* –, en el sentido de estar sometida a la teología que la controla externamente.

En el siglo XVII, la reforma filosófica de Descartes tuvo por efecto *separar* la filosofía de la teología, al negar a la teología el derecho de vigilancia y su función de norma negativa respecto de la filosofía: lo que equivalía a decir que la teología *no es una ciencia*, sino simplemente una disciplina práctica, y que la filosofía o sabiduría humana es la ciencia absolutamente suprema, que no admite dirección de parte de ninguna otra ciencia. Así el cartesianismo, a pesar de las convicciones religiosas de Descartes, introducía el principio de la filosofía racionalista, que pretende negar a Dios el que pueda hacernos conocer por revelación verdades que sobrepasan el alcance natural de nuestra razón. Si Dios nos revela efectivamente ciertas verdades, entonces necesariamente la razón humana se apoyará en ellas como sobre principios ciertos de conocimiento y constituirá así una ciencia, que será la teología. Y si la teología es una ciencia, se seguirá lógicamente que deberá ejercer funciones de norma negativa con relación a la filosofía, ya que una misma cosa no puede ser verdadera en filosofía y falsa en teología.

3) Por otra parte la filosofía presta a la teología los mayores servicios. La teología en efecto emplea, para sus propias demostraciones, los principios establecidos por la filosofía. En estos casos la filosofía se hace instrumento de la teología, y por esta razón, es decir, cuando se pone al servicio del razonamiento teológico, es llamada *arcilla theologiae*. Porque en sí misma, y cuando trabaja para establecer sus propias conclusiones, no es sierva, sino autónoma y libre, sometida solamente al control externo y a la dirección negativa de la teología.

a) La filosofía, lo hemos dicho anteriormente, se encuentra en la necesidad natural de hacer uso, como de un instrumento, de la evidencia sensible, y aun, en cierto sentido, de las conclusiones de las ciencias particulares. La teología, considerada en sí misma, como ciencia subalterna de la ciencia de Dios y de los bienaventurados, no tiene esa necesidad de hacer uso de la filosofía; es absolutamente independiente.

Sin embargo, de hecho, en razón del sujeto en que radica, es decir, por causa de la pequeñez del espíritu humano que no puede razonar sobre las cosas de Dios sino por analogía con las de las criaturas, no puede desenvolverse sino sirviéndose de la filosofía. Y no del modo como se ha servido el filósofo de las ciencias. Antes hemos visto que debe el filósofo emplear las proposiciones de las ciencias, no para fundar en ellas sus propias conclusiones (al menos cuando se trata de conclusiones metafísicamente ciertas), sino solamente para ilustrar sus principios; y que por consiguiente un sistema filosófico no necesita, para ser verdadero, que sea necesariamente verdadero el material científico que emplea. El teólogo, en cambio, se sirve a cada instante de proposiciones filosóficas para establecer sus propias conclusiones. No es posible que un sistema teológico sea verdadero si la metafísica en que se basa es falsa. De ahí la necesidad absoluta en que se encuentra el teólogo de poseer una filosofía verdadera conforme con el sentido común.

b) La filosofía precede normalmente a la teología. Ciertas grandes verdades de orden natural son, en efecto, como los preámbulos de la fe. Estas verdades, *percibidas naturalmente* por todos los hombres mediante el sentido común, son conocidas y establecidas *científicamente* por la filosofía. La teología, ciencia de la fe, supone, pues, el conocimiento filosófico de estas mismas verdades.

c) La filosofía, tomada como instrumento de la teología, sirve a ésta de tres maneras principales. La teología hace uso de ella, primeramente, para establecer las verdades que se refieren a los fundamentos de la fe, en aquella parte de la teología que se llama Apologética y que demuestra, por ejemplo, que los milagros son prueba de la misión divina de la Iglesia; en segundo lugar, para dar alguna noción de los misterios de la fe por medio de analogías sacadas de las criaturas – así es como el teólogo empleará la doctrina filosófica del *verbo mental* para ilustrar el dogma de la Trinidad; y en tercer lugar, para refutar a los adversarios de la fe – por ejemplo la teología explicará por la teoría filosófica de la *cuantidad* cómo el misterio de la Eucaristía no repugna en modo alguno a la razón.

d) Nótese que si la filosofía sirve a la teología, a su vez recibe de la teología apreciables servicios.

En primer lugar, considerada en sí misma, está regulada y sometida externamente al control y a la regulación negativa de la teología; es protegida por la teología contra gran número de errores: de este modo, si su libertad de engañarse queda así restringida, resulta grandemente fortalecida en su libertad de ir hacia la verdad.

En segundo lugar, considerada como instrumento de la teología, se ve obligada a precisar y a afinar ciertos conceptos y ciertas teorías fundamentales que, de otro modo, hubiera acaso descuidado. Así, por ejemplo, la filosofía tomista debe a la teología el haber sido obligada a estudiar y aclarar la doctrina de la naturaleza y de la persona, o a alcanzar la perfección en la teoría de los hábitos, etc.

> CONCLUSIÓN III. - La teología o ciencia de Dios, en cuanto nos ha sido dada a conocer por la revelación, está por encima de la filosofía. La filosofía le está sometida, no en cuanto a sus principios y su desarrollo, sino en cuanto a sus conclusiones, sobre las cuales ejerce vigilancia la teología, que regula así negativamente a la filosofía.

La Filosofía y el Sentido Común

Antes de conocer las cosas por un conocimiento científico o perfecto, por la reflexión y por sus causas, las conocemos de una manera imperfecta (conocimiento vulgar).

Nótese que no solamente comenzamos por este conocimiento vulgar, sino que con él continuamos, perfeccionándolo más o menos con nuestros estudios y nuestras lecturas, con relación a la inmensa mayoría de las cosas de las que no tenemos ciencia propiamente dicha.

Ahora bien, si se trata de los dominios de las causas segundas, es imposible a un hombre adquirir, con la perfección de un sabio, la ciencia de todo; dicho de otro modo, especializarse en todas las ciencias. ¡Feliz el que llegue a poseer a fondo una sola ciencia! Respecto a las demás, deberá contentarse con un conocimiento que, por enriquecido y perfeccionado que sea en quien se llama hombre culto, es decir instruido en la ciencia de los demás, queda muy por debajo de la ciencia propiamente dicha.

Pero si se trata del dominio de las causas primeras, y no de las segundas, entonces le es posible a un hombre elevarse a la ciencia de todas las cosas; porque es propio precisamente de la ciencia que se llama filosofía el conocer todas las cosas por las primeras causas; y del filósofo es de quien se puede decir con verdad las palabras de Leonardo da Vinci: es cosa fácil al hombre hacerse universal.

La ciencia vulgar está para la mayor parte formada de simples opiniones y de creencias más o menos fundadas. Pero encierra un fundamento sólido de certeza verdadera, en la que el filósofo distingue en primer lugar los datos de la experiencia sensible (por ejemplo, los cuerpos tienen longitud, latitud y profundidad); en segundo lugar, principios inteligibles evidentes por sí mismos (como por ejemplo: el todo es mayor que la parte, todo lo que sucede tiene una causa, etc.); en tercer término, las consecuencias derivadas de esos mismos principios (conclusiones inmediatas).

Estas certezas que brotan espontáneamente de nuestro espíritu desde que tenemos uso de razón, son en nosotros obra de la naturaleza, y se las puede llamar un don natural, y afirmar que radican en la apreciación natural, en el consentimiento, en el instinto, en el sentido natural de la inteligencia. Como derivan de la misma naturaleza del hombre, esos conocimientos deben encontrarse en todos los hombres, dicho de otro modo, ser comunes a todos los hombres. Por esta razón se puede decir que radican en el juicio común o en el consentimiento, o en el instinto, o en el sentido común de la humanidad.

Las grandes verdades sin las cuales la vida moral del hombre es imposible – el conocimiento de la existencia de Dios, del libre albedrío, etc. –, pertenecen a este dominio del sentido común, como consecuencias inmediatamente deducidas (conclusiones próximas) de los hechos primordiales que provienen de la observación y de los primeros principios comprendidos por la inteligencia. Los hombres, a menos de estar deformados por una mala educación o un vicio cualquiera de la razón, poseen certeza natural de estas verdades. Pero aquellos cuya inteligencia no ha sido cultivada no saben dar razón de estas certezas o la dan torcidamente, es decir, no saben explicar por qué las poseen.

Estos conocimientos del sentido común, conclusiones de un razonamiento implícito, no están menos fundados que los conocimientos de la ciencia. Pero el que los posee no conoce, o conoce mal, el fundamento que tienen en él. Son, pues, imperfectos, no en cuanto al valor de su verdad, sino en cuanto al modo o al estado que tienen en su espíritu.

En cuanto a las verdades evidentes por sí mismas (por ejemplo, el todo es más grande que la parte, todo lo que sucede tiene una causa, etc.), que son objeto de lo que se llama la inteligencia de los principios, y cuya certeza es superior a la de todas las conclusiones de la ciencia, el sentido común tiene un conocimiento de modo igualmente imperfecto, en cuanto que es confuso e implícito.

El sentido común es de esta suerte como el juicio natural y primitivo, infalible pero imperfecto en su modalidad, de la razón humana.

Por razón de su carácter completamente espontáneo y de su incapacidad de dar razón de esta certeza, ciertos filósofos han querido ver en él una facultad especial y puramente instintiva sin relación con la inteligencia (escuela escocesa, fin del siglo XVIII y comienzos del XIX, Reid, Dugald Stewart; en Francia, Jouffroy), o un sentimiento extraño y superior a la razón (escuela intuitivista, o sentimentalista, Rousseau, Jacobi, Bergson). Pero entonces ese sentido común sería ciego, porque no hay en nosotros otra luz que la de la inteligencia o de la razón.

La luz del sentido común es radicalmente la misma luz que la de la ciencia, es la luz natural de la inteligencia. Pero en el caso del sentido común esta luz no vuelve sobre sí misma por la reflexión crítica y no se perfecciona por lo que llamaremos más adelante un habitus científico.

¿Cuáles son las relaciones de la filosofía con el sentido común?

1) La filosofía no ha de fundarse, como quería la escuela escocesa, en la autoridad del sentido común, tomado pura y simplemente como consentimiento común o testimonio universal de los hombres o como instinto que se impone de hecho. La filosofía se funda en la evidencia, no en la autoridad.

2) Pero si se quiere ver en el sentido común la inteligencia inmediata de los primeros principios evidentes por sí mismos, que es uno de los elementos del sentido común, entonces se puede decir que éste es la fuente de donde deriva toda la filosofía.

La filosofía, en efecto, tiene por principios las EVIDENCIAS primeras que dan NATURALMENTE a nuestro espíritu sus certezas primordiales.

Notemos bien que si la filosofía encuentra sus principios ya proclamados por el sentido común, sin embargo, no los acepta como tales por este hecho, ni por la autoridad del sentido común tomado como consentimiento general, o como instinto común de la humanidad, sino solamente por la absoluta y única autoridad de la evidencia.

3) Si se considera, en fin, todo el conjunto de verdades (principios y conclusiones) conocidas por el sentido común con certeza, pero de un modo imperfecto, hay que concluir que la filosofía es superior al sentido común, como el estado perfecto de una cosa (es decir el estado científico del conocimiento) es superior al estado imperfecto o rudimentario de la misma cosa (es decir al estado pre-científico de ese mismo conocimiento, por lo demás verdadero y cierto en los dos casos).

a) Si se considera en el sentido común no las conclusiones a las que se adhiere, sino solamente los principios, el sentido común es inferior a la filosofía en cuanto al modo de conocer, pero en cuanto al objeto y a la luz del conocimiento, es superior a la filosofía y a todas las ciencias. Porque una y otras derivan de la evidencia natural de los primeros principios (sobre los cuales la filosofía vuelve – en Crítica – para estudiarlos científicamente, mientras que las demás ciencias se contentan con sólo esa evidencia natural).

b) La filosofía trata científicamente las tres categorías de verdades instintivamente atestiguadas por el sentido común: 1°, las verdades de hecho, fruto de la experiencia sensible; y 2°, los primeros principios de la inteligencia, evidentes en sí mismos; en el sentido en que ella los aclara por medio de la reflexión crítica y los defiende racionalmente; 3°, las consecuencias inmediatamente deducidas de esos primeros principios, en cuanto los demuestra racionalmente.

Además, donde el sentido común se detiene para dar lugar a las simples opiniones del conocimiento vulgar, la filosofía continúa ensanchando indefinidamente el campo de la certeza científica. Así la filosofía justifica y continúa el sentido común, como el arte del poeta, por ejemplo, justifica y continúa el ritmo natural del lenguaje. A ella pertenece también juzgar cuáles son las certezas que pertenecen, en verdad, al sentido común y cuál es su verdadero alcance; tarea que el sentido común no sabría realizar, por el hecho de que ignora o no sabe claramente el porqué de lo que sabe. En este sentido la filosofía controla el sentido común, como el arte del poeta controla el ritmo natural del lenguaje.

4) Sin embargo, el sentido común tiene el derecho y el deber de oponerse a toda doctrina filosófica que niegue cualquiera de las verdades de las que él posee natural certeza, como el inferior tiene el derecho y el deber de resistir al superior que obre de una manera evidentemente insensata. Porque desde el momento que la verdad se nos manifiesta de cualquier modo que sea, es un desorden no adherirse a ella. El sentido común puede así JUZGAR ACCIDENTALMENTE a la filosofía.

a) Se cuenta que Diógenes, al exponer Zenón de Elea en su presencia los argumentos contra la posibilidad del movimiento, por toda respuesta se levantó y comenzó a andar. Igualmente a Descartes que sostenía que el movimiento es relativo o "recíproco", de suerte que es indiferente decir que el móvil se mueve hacia su meta o que la meta se mueve hacia el móvil, el filósofo inglés Henry More respondía que cuando un hombre corre hacia una meta, lleno de fatiga, sabe muy bien cuál de los dos, él o la meta, está realmente en movimiento.

Estas reclamaciones del sentido común, fundadas en la evidencia sensible, eran perfectamente justas. Añadamos, sin embargo, que eran insuficientes, no para hacer ver que eran erróneas las tesis de Zenón y de Descartes, sino para juzgarlas como errores filosóficos. Para eso hubiera sido preciso refutar filosóficamente los argumentos de estos filósofos y demostrar por qué y en qué erraban.

b) Nótese que si en sí misma, y para establecer sus pruebas, la filosofía no depende de la autoridad del sentido común tomado como consentimiento general o instinto común de los hombres, depende sin embargo de ella en cierta manera (materialmente o en razón del sujeto) en su génesis de cosa humana y para irse formando en el espíritu de los filósofos.

Bajo este aspecto se podría comparar a la filosofía o a la ciencia con un edificio, y las grandes conclusiones pre-científicas del sentido común (existencia de Dios, del libre arbitrio, etc.), a los andamios levantados anteriormente por la naturaleza. El monumento, una vez construido se mantiene en pie por sí mismo sobre la roca, es decir, sobre la evidencia natural de los primeros principios, sin necesidad del andamiaje. Pero sin éste no hubiera sido posible su construcción.

c) Se comprende por lo dicho cuán irracional es la filosofía que, con pretexto de conocer científicamente las cosas, rechaza a priori y sistemáticamente el sentido común, y rompe con la certeza natural que él le proporciona. Descartes (que bajo otros aspectos y en su mismo concepto de la ciencia, concede demasiado al sentido común), comenzó esta obra de separación, no admitiendo por una parte, como certeza válida, sino la certeza científica, y negando, por consiguiente, el valor intrínseco de la certeza del sentido común: por otra parte sosteniendo en su filosofía varias tesis incompatibles con esa misma certeza. Su discípulo Malebranche, y sobre todo, los filósofos criticistas inspirados en Kant, y después ciertos filósofos "modernistas", han llevado esta tendencia hasta su último extremo; finalmente para algunos de estos filósofos basta que una proposición esté conforme con el sentido común para que nos deba parecer sospechosa o deba ser negada por la ciencia, que sería rebajada por la "simplicidad" de lo vulgar, si esa proposición no afirma lo contrario de aquello que todos los hombres tienen por verdadero.

Nótese sin embargo que cuanto más penetrante es la inteligencia de un hombre, más profundas son sus convicciones naturales. De modo que despreciar el sentido común es signo, no de suficiencia, sino de debilidad intelectual.

d) Se comprende además que en lo que concierne al sentido común, como asimismo a la mayor parte de los grandes problemas filosóficos, la filosofía tomista ocupa el justo medio entre dos errores extremos, como una cumbre entre dos valles.

Filosofía de Aristóteles y de Santo Tomás

La certeza que nos proporciona el sentido común es válida, y la ciencia yerra si la contradice. Pero la filosofía tiene como fundamento la evidencia que le procura la inteligencia, y no la autoridad del sentido común.

Escuela escocesa

No solamente es válida la certeza del sentido común; la autoridad del sentido común, que se impone como un instinto ciego, debe servir de fundamento a la filosofía.

Escuelas racionalista, criticista, modernista.

No solamente la autoridad del sentido común es inepta para servir de fundamento a la filosofía, sino que todas las certezas que nos vengan del sentido común carecen de todo valor especulativo.

Se comprende por lo que acaba de decirse el papel importante que desempeña la certeza que nos procura el sentido común en la iniciación de la filosofía. Los que comienzan el estudio de la misma y van a ponerse en contacto con los problemas más insospechados e inexplorados, deben apoyarse con absoluta confianza en la certeza que proporciona el sentido común, de la que se encuentran ya poseedores, y que les ayudará a pasar a otros conocimientos superiores y más perfectos, a los conocimientos y certeza de la ciencia misma.

CONCLUSIÓN IV. - La filosofía no se funda en la autoridad del sentido común tomado como consentimiento general o como un instinto común de la humanidad; deriva sin embargo del sentido común, si se lo considera como la inteligencia de los primeros principios inmediatamente evidentes.

Es superior al sentido común, como el estado perfecto o "científico" de un conocimiento verdadero es superior al estado imperfecto o "vulgar" de este mismo conocimiento. Sin embargo, la filosofía puede ser accidentalmente juzgada por el sentido común.

El método de la filosofía debe ser objeto de una sección especial en un curso de esta ciencia. Diremos brevemente aquí que la filosofía no se construye a priori a partir de un hecho elegido por el filósofo (Cogito de Descartes) o de un principio cualquiera escogido arbitrariamente por él (Sustancia de Spinoza, Yo puro de Fichte, Absoluto de Scheling, Idea de Hegel), y cuyas consecuencias va desarrollando *artísticamente*. La filosofía tiene como principios formales los primeros principios que se derivan de la noción del ser y de los que la luz de la inteligencia saca todo su vigor, y por otra parte tiene como elementos materiales la experiencia y los hechos, los hechos más simples y evidentes, sobre los cuales se apoya para elevarse a las causas y razones que nos dan el porqué supremo de todas las cosas. Y el filósofo debe dedicarse y prestar atención a todas las cosas, y no a una sola idea de su mente.

Debe también saber muy bien que si la filosofía permite a la inteligencia humana llegar con absoluta certeza a las más altas y más profundas realidades del orden natural, no puede sin embargo pretender agotar esas mismas realidades, o hacerlas entender tan profundamente como son cognoscibles. Desde este punto de vista la ciencia no suprime el misterio que se encierra en las cosas, es decir lo que tienen todavía de ignorado e inexplorado, antes bien lo observa y lo precisa; justamente porque sabe, no llega nunca a saberlo todo. El sabio o filósofo sabe todas las cosas, en el sentido de que las conoce en sus causas supremas, pero no sabe, está infinitamente lejos de saber todo de todas las cosas. Por lo demás, ignorancia no es error: le basta a la filosofía saber con certeza lo que le conviene saber, lo que esencialmente nos conviene saber.

Las partes de la Filosofía

1. Cuando un hombre debe ejecutar algún trabajo, comienza primero ensayando de diversas formas el instrumento que han puesto entre sus manos, a fin de comprender bien el uso que de él puede y debe hacer.

¿Cuál es la tarea del filósofo? Adquirir el saber.

¿Cuál es el instrumento que ha de emplear para llegar a saber? La **razón**.

Preciso será, pues, que el filósofo, antes de ponerse a la tarea, comience por examinar la razón para precisar cómo la debe emplear.

El estudio DE LA RAZÓN, desde el punto de vista del recto uso de esta facultad para llegar al conocimiento o COMO MEDIO DE LLEGAR A LA VERDAD, es lo que se llama LA LÓGICA.

La Lógica, pues, hablando con propiedad, es menos una parte de la filosofía, que una ciencia o un arte que se emplea en filosofía (como en las demás ciencias) y que introduce en la filosofía. Las otras Ciencias dependen de ella en cuanto que la lógica enseña *la manera de proceder* en el saber.

2. Después de esto, y cuando se ha aprendido a manejar bien el instrumento, puede el filósofo ponerse a su trabajo.

¿Y en qué consiste este trabajo? En adquirir la ciencia de las cosas por sus principios supremos.

Teniendo en cuenta el fin que nos proponemos, debemos distinguir dos clases de conocimientos. Podemos por ejemplo, servirnos de los ojos con la sola intención de ver, y gozar así de la contemplación de las cosas; y podemos servimos de ellos para

alguna utilidad de la vida práctica. De modo semejante podemos emplear científicamente nuestra razón por el sólo placer de conocer; las ciencias que adquiramos así serán SÓLO PARA CONOCER (orden de las ciencias especulativas).

Y si una ciencia especulativa quiere dar razón de los seres por los principios supremos, tendrá en este caso como fin lo que es el principio supremo en el orden especulativo, a saber:

LAS CAUSAS PRIMERAS de todo lo que es (causas primeras naturalmente cognoscibles): y tendremos LA FILOSOFÍA ESPECULATIVA.

3. O al contrario, emplearemos científicamente nuestra razón para el bien de nuestra vida; las ciencias que adquiramos así serán PARA PROCURAR POR LA ACCIÓN EL BIEN DEL HOMBRE (orden de las ciencias prácticas).

Y si una ciencia práctica pretende regular las acciones del hombre mediante los principios supremos, esa ciencia tendrá por fin aquello que es el principio supremo en el orden práctico, a saber EL BIEN ABSOLUTO DEL HOMBRE (bien absoluto naturalmente cognoscible):

Y tendremos LA FILOSOFÍA PRACTICA, llamada también MORAL o ÉTICA.

a) Muchas ciencias prácticas existen fuera de la moral; !a medicina, por ejemplo, que procura la salud de los hombres. Pero estas ciencias no buscan el bien puro y simple (soberano bien), sino que van tras un bien particular del hombre; no proceden ni se desenvuelven guiadas por los principios supremos, y por eso no son filosofía. La ética o la moral es la única ciencia práctica que merece el nombre de filosofía.

b) Nótese que si la ética tiende a procurar otro bien distinto que el bien del conocimiento, sigue sin embargo siendo verdadera y propiamente una ciencia, es decir, que sólo tiene como finalidad el conocimiento, tiene por regla de verdad lo que es, y procede por demostraciones, reduciendo las conclusiones a sus principios. En otros términos, es ciencia práctica por su fin (conocer para procurar el Bien del hombre, regulando sus acciones), pero en cuanto ciencia verdadera y propiamente dicha, permanece siempre en el orden especulativo (conocer).

c) Nótese igualmente que las ciencias prácticas están evidentemente subordinadas a las ciencias especulativas, 1°, en el sentido de que presuponen (si no en el orden de tiempo, al menos en cuanto a la naturaleza de las cosas) las verdades establecidas por esas ciencias que ellas aplican al bien del hombre. 2°, en el sentido de que son, como ciencias, inferiores en dignidad a las ciencias especulativas, las cuales son practicadas por sí mismas; luego tienen en sí mismas la bondad; mientras que la ciencias prácticas que buscan el bien y utilidad del hombre, no son buenas sino por relación al bien o utilidad que reportan. Se comprende por eso que la filosofía, en el sentido estricto de la palabra, es la filosofía especulativa (principalmente la metafísica).

> CONCLUSIÓN V.- La filosofía se divide en tres partes generales: 1°, la lógica, que introduce en la filosofía propiamente dicha y tiene por objeto el ser de razón que dirige nuestro espíritu a la verdad; 2°, la filosofía especulativa, o simplemente, filosofía, que tiene por objeto el ser de las cosas o ser real; 3°, la filosofía práctica o moral, que tiene por objeto los actos humanos.